
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

El “Keu” *Tinamotis pentlandi* (Vigors) Budin, E. 1918

Cita: Budin, E. (1918) El “Keu” *Tinamotis pentlandi* (Vigors). *Hornero* 001 (02) : 101-103

mención de los hijuelos, los cuales por lo que me consta no han sido descriptos.

Los dos pichones que el señor RODRÍGUEZ halló en el nido, y que supone habrían salido del huevo sólo desde un par de días, tenían ya los ojos abiertos pero el cuerpo totalmente cubierto de fino plumón. Este es de un color gamuza acanelado claro, más pálido sobre los lados del cuerpo y casi blanco sobre la parte inferior. El pico es negro pardusco en el culmen, amarillento en la extremidad; la mandíbula, la cera y los tarsos amarillento sucio. Longitud total: 95 mm.; tarsos: 19 mm., pico: 10 mm.

El nido es de forma casi circular, muy poco cóncavo y construido con gramíneas, pasto seco y ramitas de sauce y ceibo entrelazadas, y amontonadas, quedando el material más grueso en la periferia.

Sus dimensiones son: 78 cm. de diámetro por 22 cm. de espesor.

Estaba situado en la bifurcación de los troncos de un ceibo (*Erythrina cristagalli* L.) a una altura de siete metros del suelo.

R. DABBENE.

EL «KEU»

TINAMOTIS PENTLANDI VIGORS

Durante un viaje que realicé en el mes de Diciembre del año 1912 en la provincia de Jujuy, hacia el este de la Quebrada de Humahuaca, a unos 4.500 metros de altitud sobre el nivel del mar, tuve ocasión de cazar unos ejemplares de estas interesantes aves.

El «keu» pertenece a los Tinámidos o perdices sudamericanas. Habita las altiplanicies de la Cordillera o sus contrafuertes. Nunca lo he observado a una altitud menor de 4.000 metros; escoge para sus correrías los lugares abiertos, poblados de pequeñas colinas, que a su vez vienen a formar cañadas generalmente surcadas por algún arroyo; sitios alegres que frecuentan muchas otras aves, vicuñas y guanacos.

El «keu» debe su nombre indígena a una onomatopeya de su grito. Vive en pequeñas colonias de seis individuos más o menos. Seguramente hay un solo macho para cada colonia.

Esta ave mide unos 45 centímetros aproximadamente, desde la extremidad del pico hasta las plumas sedosas que forman la cola y tiene la corpulencia de una regular gallina.

Muy andariego, camina la bandada de loma en loma todo el día, en busca de su alimento, que consiste en insectos y sobre todo en pasto que recoge en las ciénagas o en las orillas de los arroyos. Rara vez el cazador los encuentra en el mismo sitio que el día anterior, ocupando así una área bastante extensa para sus correrías, salvo en la época de la incubación, cuando forzosamente debe ser más sedentario. A la puesta del sol y para pasar la noche, los «keus» escavan su nido en la arena, entre las piedras o detrás de alguna roca, al abrigo de los vientos o de las nevadas. Con el alba el grupo de «keus» prorrumpe en alegre algazara, y sus gritos estridentes y claros pueden oírse a un par de kilómetros. El grito de esta ave es algo difícil de describir con fidelidad, pues la bandada hace coro, produciendo verdadera confusión. Según mi opinión, el grito podría traducirse más o menos así: el macho empieza el coro con su voz clara de *keu*, a lo cual contestan las hembras, una después de otra: *kereu, kereu, kereu*, continuando el macho, y así sucesivamente, durante un tiempo que debe alcanzar de diez a quince minutos. Respecto de su canto, los habitantes de esas comarcas aseguran que los «keus» tienen una costumbre tan interesante como cómica. Cuando cantan — dicen — el macho ocupa el centro de una rueda que forman las hembras. Este empieza su canto pavoneándose y girando sobre sí mismo, y las hembras a su vez contestan dando vueltas alrededor del macho, formando una verdadera y alegre ronda, hasta que por fin caen todos mareados y rendidos. Varias veces he intentado cerciorarme personalmente de esta costumbre, pero sin poder lograr mi intento. Los «keus» son muy astutos, y durante sus rondas es posible que tengan algún centinela, pues cada vez que intenté sorprenderlos, al llegar a unos 150 o 200 metros, todos han callado a un tiempo. No obstante, me inclino a creer lo que asegura esta gente, porque siempre que he oído los «keus» sin molestarlos he seguido atentamente sus voces, y he podido notar un cierto debilitamiento progresivo en éstas, y los cantantes abandonaban el concierto uno

por uno, hasta cantar muy débilmente un solo individuo, y como si efectivamente dejaran de cantar por cansancio.

El plumaje del «keu» es de un gris piedra, que lo disimula admirablemente entre las rocas y rodados, y cuando por casualidad es sorprendido por algún enemigo, allí se echa, se achata, tembloroso, y observa el peligro sin hacer un movimiento, al punto de dejar el cazador aproximarse hasta un metro, y si no ha sido visto no se moverá. pues el «keu», como la generalidad de las aves, cuando están en peligro, observan la mirada del cazador; pero si advierte que ha sido descubierto, sin tardar emprende el vuelo; vuelo que, aun siendo pesado al principio, es bastante sostenido.

Volviendo a su coloración, la parte posterior del dorso es color paja algo seca, de paja de la Cordillera llamada *iro*, es decir, de un color amarillo dorado verdoso, lo que le favorece también cuando se oculta entre las matas de aquella gramínea.

Durante el mismo viaje obtuve una hembra que tenía tres pichones, de los cuales pude capturar uno solo, pues a pesar de tener pocos días, eran muy ágiles y corrían velozmente. Traté de criarlo alimentándolo con pequeños insectos y carne, pero era demasiado joven y murió a los pocos días, por más cuidado que tuve, haciéndole un nido con lana de vicuña.

En la misma loma en donde capturé este pichón encontré un nido viejo. Era éste una simple concavidad practicada en la arena, en la que había unas pocas pajas y plumas y algunos cascarones de huevos, los que habían sido incubados y nacidos los pichones. Estos fragmentos eran de color verdoso, pardo sucio y esmaltados, parecidos a los de «Martineta», *Calopezus*, a los cuales deben semejarse estando frescos; pero en el estado en que lo encontré no era posible precisar su color. Según estos fragmentos de cáscaras, no debía haber menos de seis a siete huevos.

EMILIO BUDIN.